

Planificación y Evaluación Pastoral

Tarea 3 – Martes 27 de enero 2026

Antonio Rubi

Encuentro con Dios y Servicio al Prójimo

El encuentro con la persona de Jesucristo marca el comienzo real de la vida cristiana. La persona de Jesucristo ilumina la vida del ser humano de tal manera que, quien vive este maravilloso soplo del Espíritu, quiere dejar su propio ser para convertirse en otro Cristo. Cuando el encuentro es profundo y verdadero, este anhelo perdura toda la vida: ser otro Cristo - a decir de Pablo: “no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí” (Gal 2,20).

Imitar a Cristo se convierte entonces en una meta y un camino de vida. El hombre busca ser como Cristo, actuar como Cristo, sentir como Cristo... En esta búsqueda se remite al Evangelio para descubrir cómo Jesucristo se relacionaba con Dios y con los otros hombres. Y encuentra que el Evangelio, sin equivocación, presenta a Jesucristo en una relación íntima con el Padre y una relación de amor activo para los demás, que hace que los busque, los acompañe, conozca sus dificultades y entregue su vida por ellos, especialmente por aquellos más pobres y necesitados.

Numerosos pasajes del Evangelio muestran a Jesús elevando el amor y el servicio a los demás y a los pobres a categoría de mandamiento principal. Su vida pública es un testimonio de entrega a los demás. Es lo que lo define como “el que tiene que venir”. Es el núcleo de su mensaje de esperanza cuando llama bienaventurados a los pobres, los que lloran, los que sufren.

Pero más aún, Jesús establece que el juicio de Dios se basará en nuestro comportamiento con los nuestros semejantes. (Mt 25:31-46). El Hijo del Hombre, se sentará en su trono eterno y juzgará quién entrará en el reino. Él dirá “Vengan, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me diste de comer, sed y me diste de beber, estuve desnudo y me vestiste, enfermo y me visitaste”. Entonces, aquellos que no lo habían visto con los ojos de la carne, preguntarán cuando ocurrió esto. Y El dirá “cuanto lo hicieron a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicieron”.

Este pasaje marca un nuevo nivel, una nueva visión, una nueva respuesta a la pregunta “¿Dónde está Dios?”. Aquí Jesucristo nos dice que **Él está en el pobre**. No es un símil o una imagen o una referencia. Es una presencia real. Jesucristo está realmente en el pobre y en el necesitado. Es nuestra tarea reconocerlo. El cristiano ve a Jesucristo en el pobre.

Jesucristo nos da ejemplo de su relación con Dios en la oración. Él se retiraba a orar en el silencio y la soledad. Nos enseña como orar en el recogimiento de nuestra habitación.

Nos “autoriza” a llamar Padre a Dios y pedirle que nos de la fortaleza y la fe. Pero resulta sorprendente ver que la oración a Dios no es una oración individual sino colectiva en la que incluso pedimos a Dios que nos ayude a perdonar.

En la doctrina de Jesucristo no hay una distinción entre fe y vida. No son distintos. No están separados. La vida cristiana es la consecuencia de la fe en Jesucristo. No hay separación ni dicotomía. No hay una vida separada de la fe. La fe en Jesucristo me lleva al encuentro con los demás y con los más necesitados. No puedo vivir una fe divorciada de mi forma de vivir.

La vida cristiana y la fe deben ser consecuentes. No puede haber incoherencia. Un proverbio en latín muy antiguo ya proclamaba esta necesaria coherencia: “**Lex Orandi, Lex Credendi, Lex Vivendi**” (la ley del orar es la ley del creer y es la ley del vivir) Oramos y vivimos en concordancia con lo que creemos.

La oración primera de los cristianos es la Eucaristía, que es la actualización del sacrificio de Cristo, su entrega al Padre. En la Eucaristía, Cristo nos asume y nos integra a su vida como sarmientos a la vid. Es el comer el Cuerpo de Cristo y beber su Sangre, lo que nos integra a Cristo y a los demás para formar un solo Cuerpo. Es de esta manera que nos hacemos todos miembros de este Cuerpo cuya cabeza es Cristo. Esta es nuestra fe y a través de esta unión vivimos en el Amor de Dios.

Todo ministerio es la respuesta a una necesidad de la comunidad. El cristiano no puede parar de contagiar a los demás la alegría del Evangelio y responde con su servicio a la necesidad que detecta. El servicio no es (o no debe ser) nunca un acto de auto satisfacción o compensación psicológica. Existe para servir a los demás. El proyecto humano vinculado al servicio nunca debe oscurecer su objetivo final ni suplantarlo o sustituir el mensaje de Dios.

El ministerio de la música está para servir a la necesidad de la comunidad de alabar a Dios, proclamar la fe y la vida cristiana. No es un instrumento para el deleite musical únicamente. Es necesario que la música sea buena para que cumpla su objetivo, pero este es solamente el vehículo y no el fin. Debemos regularmente meditar en esto para hacer más efectivo nuestro ministerio.